



Horizontes del Mundo Una alternativa Post-Cartesiana al Inconsciente Freudiano¹

Robert D. Stolorow, Ph.D., Donna M. Orange, Psy.D.
y George E. Atwood, Ph.D.

El psicoanálisis ya no es más una excavación arqueológica de las capas profundas de una mente inconsciente aislada y substancializada. En vez de esto, se trata de una exploración dialéctica del mundo experiencial del paciente, conducida con consciencia de la inevitable contribución del mundo experiencial del analista en la exploración que tiene lugar. Tal indagación empático-introspectiva busca la comprensión de cómo se siente el mundo del paciente, de qué experiencias emocionales y relaciones incluye, a menudo implacablemente, y de lo que asiduamente excluye y evita. Busca la comprensión de la red de convicciones, las reglas o principios que prerrelexivamente organizan el mundo del paciente y mantienen su experiencia confinada a sus horizontes congelados y perspectivas limitadoras. Iluminando tales principios en un proceso dialéctico, y comprendiendo sus orígenes históricos, el psicoanálisis pretende expandir los horizontes experienciales del paciente, abriendo así la posibilidad de una vida emocional más rica, compleja y flexible.

Palabras clave: Pensamiento Post-Cartesiano, Inconsciente Freudiano, Sistemas Intersubjetivos, Principios organizadores inconscientes

Psychoanalysis is no longer an archaeological excavation of ever deeper layers of an isolated and substantialized unconscious mind. Instead, it is a dialogic exploration of a patient's experiential world, conducted with awareness of the unavertable contribution of the analyst's experiential world to the ongoing exploration. Such empathic-introspective inquiry seeks understanding of what the patient's world feels like, of what emotional and relational experiences it includes, often relentlessly, and what it assiduously excludes and precludes. It seeks comprehension of the network of convictions, the rules or principles that prerrelexively organize the patient's world and keep the patient's experiencing confined to its frozen horizons and limiting perspectives. By illuminating such principles in a dialogic process, and grasping their life-historical origins, psychoanalysis aims to expand the patient's experiential horizons, thereby opening up the possibility of an enriched, more complex, and more flexible emotional life.

Key Words: Post-Cartesian Thinking, Freudian Unconscious, Intersubjective Systems, Unconscious Organizing Principles.

English Title: World Horizons. A Post-Cartesian Alternative to the Freudian Unconscious

Cita bibliográfica / Reference citation:

Stolorow, R.D., Orange, D.M. y Atwood, G.E. (2012). Horizontes del Mundo. Una alternativa post-Cartesiana al Inconsciente Freudiano. *Clinica e Investigación Relacional*, 6 (3): 434-451. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

Una mitología refleja su región.

Wallace Stevens

La frontera es aquello a partir de lo cual algo comienza su presencia.

Martin Heidegger

La sensibilidad no registra simplemente hechos; despliega un mundo... del cual no será posible escapar.

Emmanuel Lévinas

El “descubrimiento” que Freud hizo del inconsciente ha sido caracterizado como una segunda revolución Copernicana en cuanto a que quebrantó radicalmente el estatus epistemológico del sujeto auto-consciente, que había sido la pieza central en la filosofía de Descartes y del pensamiento de la Ilustración en general. Desde una perspectiva freudiana, el self consciente *cogito* quedaba expuesto a una ilusión grandiosa; la conciencia era presentada como un mero peón dentro inmensas fuerzas inconscientes de las que el sujeto era completamente inconsciente. Sin embargo, el inconsciente Freudiano quedó profundamente empapado con el mismo Cartesianismo al que planteaba un desafío (Cavell, 1993). La filosofía de Descartes había bifurcado el mundo subjetivo en regiones externas e internas, cosificando la separación resultante entre ambas, y describía la mente como una entidad objetiva que toma su lugar entre otros objetos, una “cosa pensante” que tiene un interior con contenidos y que mira hacia fuera a un mundo externo del cual está esencialmente enajenado. El inconsciente Freudiano y sus contenidos no son más que algo sellado, una cámara bajo tierra fuera de la mente aislada Cartesiana.

Dentro de la conversación post-Cartesiana, post-Freudiana, psicoanálisis relacional, ¿qué es lo que queda de “el inconsciente”? Sin el pensamiento mecanicista y reduccionista de la metapsicología freudiana, ya no podemos imaginar el inconsciente dinámico como un lugar subterráneo desde el cual los derivados de las pulsiones instintivas empujan y tiran de la experiencia consciente. Cuando relegamos el modelo topográfico (Freud, 1900) de lo consciente, inconsciente y preconscious al reino de lo metafórico – comparable de alguna manera a las historias sobre el cielo, el infierno y el purgatorio, con todos sus guardianes – perdemos algo del evocador poder del inconsciente freudiano. De forma parecida, cuando vemos la teoría estructural (Freud, 1923) del yo, ello y super-yo como una cosificación elaborada y perniciosa, completamente insostenible una vez que nos hemos comprometido a pensar fenomenológicamente sobre la psicología humana, ¿nos queda algo de la segunda revolución copernicana de Freud?

Quizás sí. Tenemos la intuición freudiana, compartida por todos los que alguna vez hemos encontrado valor en el psicoanálisis, esa experiencia humana – incluyendo la nuestra propia – de que implica “más de lo que parece”, combinado con el sentido de que sea lo que sea ese

“algo más”, es la llave de lo que nos hace sufrir más profundamente.

El Inconsciente Freudiano

Consideremos primero el inconsciente freudiano desde su punto de vista, tanto como sea posible desde el nuestro hoy en día. En un giro irónico del empirismo científico dominante en el mundo del que Freud tanto anhelaba aceptación, su inconsciente, en absoluto abierto a la verificación o medida, era para él la medida absoluta de la verdad. Freud (1915) recurría incluso a Kant en busca de inspiración:

La asunción psicoanalítica de la actividad mental inconsciente... [es] una extensión de las correcciones llevadas a cabo por Kant sobre nuestras visiones de la percepción externa. Igual que Kant nos advertía de no pasar por alto el hecho de que nuestras percepciones están condicionadas subjetivamente y no deben ser vistas como idénticas a lo que es percibido aunque incognoscible, el psicoanálisis también nos advierte de no equiparar las percepciones a través de lo consciente con los procesos mentales inconscientes de los cuales son objetos. [p. 171]

Freud fue más allá utilizando una forma de argumentación Kantiana o trascendental para justificar su pretensión de que la mente es en sí misma inconsciente. La consciencia, creía él, está llena de agujeros. No es sólo la gente con problemas que está en psicoanálisis la que manifiesta síntomas que son, en el mejor de los casos, contraproducentes y, en el peor, suponen para sus poseedores una vida de tortura. Además, la experiencia diaria ordinaria está repleta de olvidos, lapsus linguae y actos fallidos. Todos nosotros tenemos sueños que son difíciles de descifrar. Sobre todo, pensaba Freud, existe la represión, la cual crea muchas lagunas en la experiencia consciente y hace que nuestras vidas sean difíciles de comprender. Por lo tanto, argumentaba Freud, debemos asumir que lo psíquicamente “real” es inconsciente y que la consciencia es sólo un epifenómeno. Lo inconsciente – por definición, algo que no pudo ser directamente experimentado – es el resultado de una inferencia. Debe existir, o no podríamos encontrar conexiones en nuestras vidas. Proporciona los eslabones perdidos.

Consideremos algunas características del inconsciente freudiano. Es, por encima de todo, la fuente de verdad sobre la naturaleza humana. Los freudianos ortodoxos (al igual que los Kleinianos) sostienen un punto de vista profundamente pesimista sobre la naturaleza humana, de acuerdo con el cual, en su versión del pecado original, estamos por naturaleza llenos de deseos incestuosos y de rabia destructiva. Estos viven en gran parte en el inconsciente, y no son conocidos por el sujeto, quien los reprime cuandoquiera que ellos o sus derivados hacen erupción en la consciencia, pero quien no obstante padece las distorsiones que la represión crea en la experiencia y en la vida. Sólo un analista, quien posee conocimiento esotérico de los contenidos universales del reino inconsciente, puede guiar el camino hacia el infierno privado del paciente, y en consecuencia el de vuelta al alivio, o por lo menos a una aceptación más consciente de las renuncias requeridas. O, en una metáfora freudiana del experto independiente, el paciente necesita un cirujano psicológico que

hábilmente penetre y reorganice las entrañas del inconsciente del paciente. El concepto freudiano de inconsciente, con contenidos dictaminados por la doctrina teórica y ya “conocidos” por el analista antes de cualquier exploración colaborativa, es responsable de muchas de las características autoritarias del análisis tradicional. Con un conocimiento privilegiado del inconsciente, el analista es fácilmente visto como un Besserwisser o un “sábelo-todo”. El analista posee la verdad, el paciente sólo distorsiona y desconoce.

El inconsciente freudiano funciona como un almacén cosificado y substancializado para cualquier cosa que el sujeto consciente no pueda tolerar. Si, tal y como diría una metáfora freudiana, imaginamos el inconsciente como un caldero hirviente de deseos instintivos incestuosos y agresivos, o simplemente como un museo mental algo desorganizado, esta mente inconsciente es un contenedor. Aceptado esto, contiene algo más que el *cogito* cartesiano, y por supuesto, sus contenidos no estarán claros. También contiene algo más que las ideas Lockenianas, aunque éstas estarán seguramente ahí en forma de representaciones o copias mentales de las experiencias vividas. El inconsciente freudiano contiene imágenes mentales y derivados de las pulsiones, tales como deseos, impulsos y afectos, todo ello relacionado según entendía Freud, de forma lícita. Aún más importante, el inconsciente contiene todo lo que ha sido reprimido.

En concepto de represión no puede ser separado del inconsciente freudiano. Lo que es inconsciente ha sido reprimido, o lo será si en algún momento se “cuela” en la consciencia, y lo que es reprimido automáticamente penetra y vive en el inconsciente. Llegando a ser consciente de lo reprimido genera displacer en los trabajos tempranos de Freud y conflicto psíquico en sus últimas obras. Siempre hay mucho que esconder: originalmente los derivados de las pulsiones y posteriormente todos los compromisos que hemos adquirido para mantenerlas fuera de la consciencia. Tanto la represión como lo inconsciente son inherentes en la visión freudiana de la naturaleza humana, que incluye el sentido básico de la propia maldad nativa y de la vergüenza. El familiar y otros contextos del desarrollo son periféricos a toda la historia del inconsciente freudiano, en tanto en cuanto a que el niño o niña y sus deseos instintivos infantiles son la fuente fundamental de todos sus problemas posteriores. El inconsciente queda así dibujado como el hogar y fuente del mal innato, ahistórico y descontextualizado.

Si bien ésta visión del inconsciente está empapada del pensamiento cartesiano de la mente aislada, también podría ser vista como algo que proporcionó potentes funciones psicológicas para Freud. En nuestro estudio psicobiográfico de los orígenes personales y subjetivos de la metapsicología de Freud (Atwood & Stolorow, 1993), encontramos que Freud se protegía a sí mismo de la conciencia del profundo impacto emocional de una serie de tempranas decepciones y traiciones dolorosas por parte de su madre atribuyendo sus sufrimientos a su propia maldad interna omnipotente – esto es, sus deseos incestuosos y su hostilidad asesina – una translocación defensiva que encontró su camino en sus relaciones adultas significativas, incluyendo aquellas con Fliess y con su mujer, así como en la formulación de sus casos clínicos. Freud importó también esta solución defensiva, una forma de grandiosidad defensiva, a su teoría del desarrollo psicosexual y de la patogénesis, una teoría

en la cual se creía que los agentes patógenos primarios eran las pulsiones instintivas ingobernables enterradas dentro del inconsciente en el interior de la psyche. En esta visión teórica, las imágenes idealizadas de los padres, especialmente de la madre, quedaban preservadas, permitiendo a Freud (1933), en una notable declaración, caracterizar la relación entre madre e hijo como “en conjunto, la más perfecta y la más libre de ambivalencia de todas las relaciones humanas” (p.133), y a aplicar el mito de Edipo en una forma que negaba por completo el papel central del impulso filicida del padre al establecer el trágico curso de los acontecimientos en marcha. Este mismo principio defensivo dio forma fatídicamente a la visión de Freud de la situación psicoanalítica, donde el cordón sanitario que él estableció alrededor de los padres también envolvía al analista presuntamente neutral, de tal forma que las experiencias de transferencia del paciente podrían ser vistas emergiendo exclusivamente en soledad desde los contenidos inconsciente dentro de la mente aislada del paciente, más que siendo codeterminadas por el impacto y significados de las posturas y acciones del analista.

Una Alternativa: Horizontes del Mundo

Traigamos ahora un conjunto de supuestos diferentes de los de Freud sobre el problema del inconsciente en la vida psicológica humana. Comencemos, no con una mente aislada Cartesiana - equipada con compartimentos de lo consciente, preconsciente e inconsciente - sino con el concepto de un mundo experiencial múltiple – piedra angular de nuestra perspectiva intersubjetiva. En lugar de las teorías topográficas y estructurales de Freud sobre la mente, nosotros imaginamos una totalidad organizada de la experiencia personal vivida, más o menos consciente y más o menos contorneada de acuerdo a aquellas convicciones emocionales o principios organizativos que se forman a lo largo de toda una vida de experiencias emocionales y relacionales. En vez de un contenedor, nosotros lo imaginamos como un sistema experiencial de expectativas, patrones interpretativos, y significados, especialmente aquellos formados en los contextos psicológicos del trauma – pérdidas, privaciones, shocks, daños, violaciones y similares. Debido a que tales convicciones y principios organizativos normalmente operan fuera del dominio de la conciencia reflexiva, los hemos caracterizado como inconsciente prerreflexivo (Atwood & Stolorow, 1980, 1984). Dentro de tal sistema o mundo, uno puede sentir y saber ciertas cosas, normalmente de forma repetitiva y con una seguridad inquebrantable. Aquello que uno no es capaz de sentir o conocer queda fuera de los horizontes (Gadamer, 1975) de su mundo experiencial, sin requerir un contenedor. La rigidez que asociamos con diferentes formas de psicopatología puede ser comprendida como una forma en la que los horizontes de la persona se han congelado y por lo tanto otras perspectivas permanecen indisponibles. Podríamos decir que siempre estamos organizando nuestras experiencias emocionales y relacionales con el fin de excluir aquello que se sienta como inaceptable, intolerable, o demasiado peligroso en contextos intersubjetivos determinados.

El psicoanálisis, desde este punto de vista, ya no es más una excavación arqueológica de las capas profundas de una mente inconsciente aislada y substancializada. En vez de esto, se

trata de una exploración dialéctica del mundo experiencial del paciente, conducida con consciencia de la inevitable contribución del mundo experiencial del analista en la exploración que tiene lugar. Tal indagación empático-introspectiva busca la comprensión de cómo se siente el mundo del paciente, de qué experiencias emocionales y relaciones incluye, a menudo implacablemente, y de lo que asiduamente excluye y evita. Busca la comprensión de la red de convicciones, las reglas o principios que prerrelexivamente organizan el mundo del paciente y mantienen su experiencia confinada a sus horizontes congelados y perspectivas limitadoras. Iluminando tales principios en un proceso dialéctico, y comprendiendo sus orígenes históricos, el psicoanálisis pretende expandir los horizontes experienciales del paciente, abriendo así la posibilidad de una vida emocional más rica, compleja y flexible.

Pasemos ahora a otras implicaciones teóricas y clínicas de nuestra concepción del inconsciente en términos de los horizontes que limitan el mundo experiencial. En primer lugar, a diferencia de la barrera de la represión, que Freud entendía como una estructura psíquica fija dentro de una mente aislada, los horizontes del mundo, al igual que los mundos experienciales que delimitan, son conceptualizados como propiedades emergentes de sistemas dinámicos y relacionales en marcha (Stolorow, 1997). Formándose y evolucionando dentro de un nexo de sistemas vivientes, los mundos experienciales y sus horizontes son reconocidos como algo exquisitamente sensibles al contexto y dependientes del mismo. Los horizontes de consciencia son, por lo tanto, fluidos y en constante formación, productos tanto de la historia intersubjetiva única del individuo como de lo que está o no permitido conocer dentro de la esfera intersubjetiva que constituye su vida actual. Nuestra concepción de los horizontes del mundo como rasgos emergentes de los sistemas intersubjetivos tiene cierto parentesco con la idea de Gerson (1995) del “inconsciente relacional” y de la discusión de Stern (1997) sobre la “experiencia no formulada”. Stern, cuyo punto de vista, al igual que el nuestro, ha estado fuertemente influenciado por la hermenéutica filosófica de Gadamer, reivindica, tal y como lo hacemos nosotros, que es en el terreno relacional lo que “estructura las posibilidades de conocimiento – el potencial para lo que podemos decir y pensar y lo que no podemos” (p.31).

Nuestras ideas sobre los horizontes del mundo se han desarrollado durante el curso de más de dos décadas desde nuestros intentos de describir los orígenes intersubjetivos de las diferentes formas de inconsciente (Atwood & Stolorow, 1980, 1984; Stolorow & Atwood, 1989, 1992). Nuestra teoría en evolución se apoyaba en la asunción de que la experiencia consciente del niño se va articulando progresivamente a través de la sintonía que proporciona validación por parte del entorno temprano. Dos formas de inconsciente estrechamente relacionadas entre sí pero conceptualmente distinguibles fueron descritas como desarrolladas a partir de situaciones de un masivo mal-ajuste o no-sintonía. Cuando las experiencias del niño o niña son no respondidas consecuentemente o son negadas de forma activa, el niño o niña percibe que determinados aspectos de su propia experiencia son no bienvenidos o dañinos para el cuidador o cuidadora. Estas regiones del mundo experiencial del niño o niña deben ser entonces sacrificadas con el fin de salvaguardar el necesario

vínculo. La represión podía entenderse aquí como una forma de principio organizativo negador, siempre integrado en los contextos intersubjetivos en marcha, determinando qué configuraciones de la experiencia consciente no tenían permitido llegar a tomar forma. Además, defendíamos nosotros, otros rasgos de la experiencia del niño podían permanecer inconscientes, no porque hubieran sido reprimidos, sino porque, en ausencia de un contexto intersubjetivo “validador”, simplemente nunca pudieron llegar a ser articulados. Esta forma de inconsciente parecía cercana al concepto de Stern (1997) de la experiencia no formulada – el “material no interpretado que nunca ha sido traído a la consciencia” (p. xii). Con ambas formas de inconsciente, los horizontes de consciencia quedaban descritos como tomando forma en el medio de diferentes tipos de respuesta del entorno según las diferentes regiones de la experiencia del niño. Esta conceptualización fue vista como algo que podía aplicarse a la situación psicoanalítica también, donde la “resistencia” del paciente puede mostrarse como fluctuando en concierto con las percepciones de la receptividad y sintonía variantes del analista a la experiencia del paciente.

Durante el periodo preverbal en la infancia, la articulación de la experiencia del infante se consigue mediante la sintonización comunicada a través del diálogo sensoriomotor con los cuidadores. Con la maduración de las capacidades simbólicas del niño, los símbolos asumen gradualmente un lugar de importancia junto con las sintonizaciones sensoriomotrices como vehículos a través de los cuales la experiencia del niño o niña es validada dentro del sistema de desarrollo. Por lo tanto, decíamos nosotros, en el reino de experiencia en el que la consciencia se va articulando cada vez más en símbolos, el inconsciente se convierte en coextensivo con lo no-simbólico. Cuando el acto de articular una experiencia es percibido como una amenaza a un vínculo indispensable, la represión puede ser conseguida mediante la prevención de la continuación del proceso de decodificar esa misma experiencia en símbolos.

Curiosamente, la descripción anterior de la represión presenta una gran similitud con el punto de vista de Stern de la disociación, la cual define como una “negativa a interpretar” (p. xii) la experiencia, una “evitación defensiva de la articulación verbal [simbólica]” (p. 114). Él, en cambio, equipara la disociación con la experiencia no formulada. Nosotros pensamos que sería mejor hablar aquí de experiencia mal-formulada, estableciendo así una diferencia entre el malogro activo de un proceso simbólico que es entendido como demasiado peligroso y una situación donde un proceso simbólico no tuvo lugar en primer lugar.

Lo que resulta especialmente interesante, sin embargo, es que, mientras que históricamente los psicoanalistas han intentado distinguir claramente entre represión y disociación, Stern ha utilizado la palabra disociación para designar virtualmente el mismo proceso – el malogro de la simbolización – al que ellos han llamado represión. ¿Qué puede querer decir esto? Creemos que lo que quiere decir es que en un mundo filosófico post-Cartesiano, sin bifurcación sujeto-objeto, sin escisión cognición-afecto, y sin entidades mentales inconscientes aisladas que contengan contenidos, deja de ser tan necesario o irresistible hacer distinciones tan drásticas que implican términos como represión, disociación, escisión, negación y rechazo. Desde un punto de vista contextualista, podemos reconocer tales

términos como referidos a todas las variedades de horizontes del mundo limitantes, de revelación y ocultamiento, lo que refleja patrones de actividad organizativa que se forman y son mantenidos dentro de los sistemas intersubjetivos vivientes.

Un Caso de Inconsciente Reformulado

Para ilustrar nuestra visión del inconsciente en términos de mundos experienciales contextualizados y sus correspondientes horizontes que limitan la experiencia, revisaremos un ejemplo muy ilustrativo de inconsciente conducido por uno de nosotros hace casi treinta años cuando era candidato en formación (Stolorow 1974). En aquel momento del tratamiento, el caso fue formulado de acuerdo con las conceptualizaciones de la Psicología del Yo freudiana, que incluían las características del inconsciente freudiano que describimos con anterioridad. Presentamos aquí primero un resumen abreviado del caso tal y como lo entendimos entonces, un extracto de un artículo publicado (Stolorow & Lachmann, 1975). Después pasaremos a revisarlo desde la perspectiva de los sistemas intersubjetivos.

Cuando Anna comenzó su análisis, que duraría cuatro años, tenía treinta. Había estado casada durante doce años y trabajaba como ejecutiva. Se quejaba tanto de su ansiedad difusa y de sus estados de pánico agudo, cuyo contenido se centraba en las fantasías de que su marido la abandonaría por otra mujer.

Anna había nacido en Budapest donde, en sus primeros años, vivió los horrores de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación Nazi. Cuando tenía cuatro años, su padre fue llevado a un campo de concentración, donde finalmente murió. Durante la sesión analítica, mientras que explorábamos las formas en las que se mantenían vivos aspectos de su relación con su padre en sus experiencias actuales con hombres, Anna hizo un descubrimiento asombroso que fue central en su tratamiento. De repente se dio cuenta de que nunca había aceptado la realidad de la muerte de su padre. De hecho, exclamaba que creía incluso ahora, con un sentimiento de absoluta convicción, que su padre seguía vivo. Gran parte del resto de su análisis se ocupó de descubrir las raíces genéticas y las consecuencias caracterológicas de esta convicción firmemente integrada.

A la edad de cuatro años, Anna no había desarrollado aún las capacidades cognitivas que la habrían permitido comprender por sí misma el significado de los terribles sucesos que estaban teniendo lugar alrededor suyo, especialmente la repentina e inexplicable desaparición de su padre. Los adultos supervivientes en el entorno de Ana, su madre en particular, fracasaron al proporcionar asistencia suficiente en su tarea de integrar las siniestras realidades de la guerra y de la encarcelación y muerte de su padre.

La madre falsificó la realidad de la guerra, contándole a Anna que las bombas que explotaban eran sólo puertas que se cerraban. También fingió delante de Anna que su padre no fue llevado a un campo de concentración y perpetuó tácitamente el mito de que estaba vivo al no hablar nunca de forma directa con Anna sobre su muerte y al no llorar nunca abiertamente su pérdida. Estas experiencias dejaron a Anna con un sentimiento de confusión

sobre lo que era real y lo que no lo era, un sentimiento que se reactivó en su análisis con el descubrimiento de su convicción inconsciente de que su padre seguía vivo. Quedó para la vida de fantasía de Anna el rellenar el espacio que dejaban las omisiones y falsificaciones maternas, con el fin de dar algún sentido a estos eventos trágicos e incomprensibles y ganar algo de autoridad:

Tenía que encontrar un motivo. Todo parecía tan descabellado. No podía aceptar que tales cosas pudieran pasar y que no hubiera nada que yo pudiera hacer. Estaba tratando de entender lo que estaba pasando. Ninguno de los adultos me lo decía. Ninguno se sentó conmigo y me dijo que mi padre estaba en un campo de concentración o muerto... así que me inventé mis propias explicaciones.

El contenido específico de las fantasías que Anna había elaborado para “explicar” la desaparición de su padre y su ausencia prolongada se desarrolló como la consecuencia compleja de numerosos factores, incluyendo su nivel de desarrollo del Yo, las circunstancias particulares que rodeaban la desaparición de su padre y su nivel de desarrollo psicosexual en el momento de su pérdida.

En lo que respecta al desarrollo del yo, hay pruebas de que un niño o niña de cuatro años no ha alcanzado del todo el concepto abstracto de la muerte como un cese final e irreversible de la vida. Hasta el momento en que la muerte es admitida o entendida en su totalidad, normalmente es concebida como una partida potencialmente reversible hacia una localización geográfica distante. Un elemento común en todas las fantasías conscientes con las que Anna explicaba la ausencia de su padre era la noción de que estaba viviendo en algún lugar de Rusia y que algún día volvería para estar con ella. A lo largo de su niñez y bien entrada en su adultez, primero de manera consciente y más tarde de forma inconsciente, Anna “esperó y esperó” a que volviera con ella y temía “calcular mal” o “hacer algo mal” que la haría perderse su “última oportunidad” de verle.

De forma consistente con este nivel de desarrollo del yo y del superyó, Anna, en sus fantasías explicativas, se echaba la culpa a sí misma de la partida de su padre y de su continuada ausencia. Las circunstancias particulares que rodearon su partida contribuyeron al contenido de sus fantasías. Fue de hecho la propia Anna quien había encontrado y llevado hasta su padre el aviso con la orden de que se personara en un campo de concentración. Ella no comprendía lo que era y lo tomó muy a la ligera. Incluso llegó a sentirse emocionada por haber tenido la oportunidad de poder llevarle algo a su padre. Cuando le dio el aviso, bailó alrededor suyo llena de júbilo. Más tarde descubrió que el aviso significaba que su padre tendría que irse lejos, y sentía que le había hecho algo terrible al mostrarse tan contenta. Una vez que el padre se hubo marchado, Anna desarrolló la fantasía de que él la odiaba por haberse mostrado tan feliz al darle el aviso, ya que su felicidad significaba que ella no le quería. Fantasizó aún más con que si ella le hubiera demostrado su amor y devoción al mostrarse lo “suficientemente histérica” con el aviso, su padre habría vuelto para estar con ella.

Los elementos finales de las explicaciones fantásticas de Anna sobre la desaparición de su

padre – quizás las más fatídicas para su desarrollo caracteriológico – llegaron a través de las vicisitudes de su desarrollo psicosexual. Dado que su padre había sido recluido cuando ella tenía cuatro años, las explicaciones de Anna a su ausencia contenían derivados tanto de su ansiedad de castración como de su nivel edípico. Desarrolló fantasías de que su padre seguía lejos porque ella era defectuosa, repulsiva y sin absolutamente ningún valor para él. Y desarrolló otras fantasías acerca de que él seguía lejos porque había conocido a otra mujer en Rusia y había elegido estar allí y vivir con ella: si Anna pudiera arrebatárselo “de vuelta” a la mujer que lo había robado, él regresaría.

El material que fue quedando al descubierto en el transcurso de su análisis sugería que los derivados de la castración jugaron el papel más predominante en su interpretación de la ausencia de su padre. La pérdida de su padre intensificaba y “fijaba” los sentimientos de mortificación narcisista característicos de la fase de la ansiedad de castración, una época en la que Anna miraba a su padre para lograr un sentimiento de completitud y de valía personal. La importancia de la ansiedad de castración en la reacción de Anna hacia la pérdida de su padre estaba apoyada por el importante papel que un pene ilusorio y bien definido jugó en su desarrollo. Desde su niñez más temprana, Anna había mantenido una fuerte convicción consciente de que un pequeño pene sobresalía de su vulva, una convicción que obviamente albergaba desastrosas consecuencias para el desarrollo de su autoimagen y su sentido de identidad sexual.

Es cuestionable si las diferentes fantasías explicativas y restitutivas debatidas hasta ahora caen técnicamente dentro de la categoría de fantasías negadoras defensivas. Ante todo, parecen representar intentos por parte una niña de cuatro años de adaptarse a un estado de insuficiencia cognitiva; esto es, rellenar con elaboraciones específicas de una cierta fase el vacío cognitivo dejado por un yo inmaduro inadecuadamente respaldado por los adultos del entorno.

En algún momento después de la guerra, durante su periodo de latencia, cuando la maduración cognitiva y del yo y las fuentes expansivas de información habían permitido a Anna comenzar a registrar y comprender las realidades de la encarcelación y muerte de su padre, ella en realidad comenzó a construir un sistema elaborado defensivo de negación-en-fantasía, el cual, hasta su disolución en el análisis, funcionaba para mantener a su padre con vida. Sus esfuerzos en este último punto pueden ser descritos propiamente como una negación que protegía del proceso de duelo del que estaba empezando a ser capaz desde el punto de vista del desarrollo. La negación fue promovida por los aspectos libidinales, agresivos y autopreservadores de su apego complejo y ambivalente hacia él.

Al construir el sistema de negación-en-la-fantasía, Anna hizo amplio uso de las fantasías confeccionadas a través de las cuáles ella había explicado originariamente la ausencia de su padre. Con el fin de negar su muerte, tenía ahora que adherirse tanto a los derivados de castración como a las fantasías de rendición edípica. Para mantener este sistema de negación, tenía que seleccionar y adherirse a los recuerdos negativos de su padre devaluándola, rechazándola y excluyéndola, y reprimir todos aquellos recuerdos positivos del amor, cuidados y valoraciones del padre, para que no contradijeran o pusieran en peligro sus

fantasías de negación. En su vida adulta, Anna reforzaba aún más su sistema de negación al engancharse a experiencias reales o imaginadas en las cuales un padre sustituto la devaluaba o rechazaba o tenía devoción por otra mujer. Esto, a su vez, reforzaba su convicción de que su padre la estaba rechazando o que eligió a otra mujer, pero que aún seguía vivo. Además, la protegía de las experiencias de sentirse amada, valorada, o incluso elegida por un hombre, con el fin de que sus fantasías de negación o su devoción y lealtad a su padre no fueran puestas en peligro.

Fue entre los diez años y la adolescencia temprana cuando sus circunstancias necesitaron la consolidación final de las fantasías de negación de Anna en un sistema estático e inexpugnable. Cuando Anna tenía diez años, su madre volvió a casarse, y las fantasías de negación de Anna encajaron con un anfitrión de conflictos competitivo-edípicos y sexuales, en gran medida intensificados y complicados por la esperanza de Anna de que su padrastro hiciera de sustituto en la pérdida de su padre. En este punto, Anna, que era realmente una brillante y preciosa niña, comenzó a sentirse fea, estúpida, defectuosa y “rara”, y llegó a estar obsesivamente preocupada por su pene ilusorio – síntomas que permanecieron con ella hasta que fueron eliminados mediante el análisis.

El nuevo matrimonio de la madre supuso para Anna el primer reconocimiento tácito de la muerte de su padre por parte de los adultos del entorno. Esto amenazaba de pronto con la eliminación de sus fantasías de negación. Así que Anna se vio forzada a redoblar sus esfuerzos negadores y de restitución y a fortificar todos los mecanismos a través de los cuales mantenía a su padre con vida. Además, tuvo que movilizar sentimientos de sentirse totalmente no querida y mal tratada por su padrastro, ya que el reconocer y aceptar su afecto y amor significaría aceptar que su padre también la había querido y valorado y que por lo tanto estaba ausente porque había muerto. Al protegerse del padrastro con diferentes derivados de la castración, Anna se aseguraba de no “calcular mal” al aceptar la muerte de su padre y al aceptar a su padrastro, y que ella, a diferencia de su madre, estaría lista y esperando a su padre cuando volviera.

La consolidación final de su sistema de negación tuvo lugar durante la adolescencia temprana de Anna, a medida que su desarrollo puberal exacerbaba la amenaza actividad sexual con su padrastro. En respuesta a la intrusividad y seductividad de su padrastro, Anna pensaba para sí misma, “Mi verdadero padre nunca haría estas cosas” y anhelaba con nostalgia el retorno de su padre real. Elaboró fantasías en las cuales él regresaba de Rusia, su madre elegiría estar con su padrastro, y Anna se quedaría con su padre real y disfrutaría de su cuidado y protección. Esto necesitaba una consolidación final por parte de sus fantasías de negación, a través de las cuáles mantenía a su padre vivo, en un sistema estático defensivo con todas las desafortunadas consecuencias para la autoimagen de Anna, para su autoestima y sus patrones de relación con los hombres.

Mucho de lo descrito anteriormente fue recapitulado, por supuesto, en la transferencia.

Durante el periodo en el que el trabajo analítico consistió en confrontaciones activas con las fantasías de negación y con el animar a Anna a aceptar la realidad de la muerte de su padre,

ella se vio inmersa en dificultades transferenciales cargadas de rabia en las que arrojaría al analista a la imagen del padrastro sexualmente intrusivo que amenazaba con destruir su devoción y lealtad a su padre real.

La alianza terapéutica resistió el impacto de estas tormentas transferenciales, y Anna fue finalmente capaz de trabajar mediante la transferencia y de abandonar su sistema de negación. La consecuencia más inmediata fue que experimentó un tardío proceso de duelo a medida que se iba permitiendo a sí misma imaginar los horrores y la prolongada muerte y tortura que su padre debía haber sufrido a manos de los Nazis. (En este punto empezó a temer que analista también muriera). Coincidiendo con este despliegue del proceso de duelo, apareció la dramática recuperación de recuerdos positivos de un padre que la quería; a la vez que aparecieron estos recuerdos, se recuperaron también recuerdos reprimidos de amorosa devoción hacia otros hombres. Anna reconocía ahora claramente que había elaborado un complejo sistema de negación en el cual ella se veía a sí misma como defectuosa y sacrificó los recuerdos de amor su padre y de otros hombres para liberar a su padre de la terrible y agonizante muerte que ahora, entendía, debió experimentar. Tal y como los sacrificios que ella aguantaba para mantenerlo con vida eran una medida de su inmenso amor hacia él, ahora aparecía su dolor al imaginar, tardíamente, cómo habría muerto él.

Predeciblemente, a medida que Anna aceptó e hizo el duelo por la muerte de su padre, comenzó también a abandonar sus sentimientos de ser defectuosa e indeseable. El trabajar a través de su sistema de negación y de la muerte de su padre hicieron posible dejar al descubierto y reintegrar la imago escindida de su padre amoroso. Esto a su vez resultó en unas notables y perdurables mejoras en su autoimagen y en su autoestima, y en sus sentimientos cada vez más fuertes de sentirse valiosa y deseada por los hombres en su vida actual (Stolorow & Lachmann, 1975, pp. 600-609).

El caso precedente demuestra que el inconsciente freudiano proporciona una serie de dramáticos ejemplos coherentes y explicativos de un tipo de inconsciente, al menos mientras que no se pongan en duda las asunciones cartesianas de la mente aislada que saturan la teoría de Freud. ¿Cómo se ve alterada nuestra comprensión del caso si lo repensamos desde el punto de vista de los sistemas intersubjetivos? ¿Podemos llegar así a una explicación teórica más comprensiva del proceso terapéutico y sus resultados?

Por un lado, las fantasías psicosexuales – esto es, las imágenes recurrentes de la defectuosidad genital y el fracaso de la rivalidad – que impregnaban este análisis no pueden seguir siendo vistas como manifestaciones de una base innata, descontextualizada e instintiva, un plan maestro cableado epigenéticamente que se espera predetermine las trayectorias del desarrollo de todos los seres humanos. En vez de esto, entendemos tales imágenes como simbolizaciones dramáticas de los temas que llegaron a dominar el mundo experiencial de Anna, temas que cristalizaron en los patrones de transacción intersubjetiva que tuvieron lugar entre Anna y sus cuidadores en el transcurso de su desarrollo psicológico. Estos patrones relacionales y los principios resultantes de organización estaban, por supuesto, influenciados ellos mismos por los contextos históricos, culturales y lingüísticos en

los que estaban inmersos.

Incluso las capacidades supuestamente cognitivas de Anna en el momento de la muerte de su padre, contribuyeron profundamente a sus interpretaciones de este trágico evento, deben ser contextualizadas. Lo que Anna pudo conocer de la muerte de su padre estaba codeterminado por su sentido de lo que sus cuidadores podían y no podían permitirse que ella supiera. Las “omisiones maternas y falsificaciones” mencionadas en el caso publicado no eran simplemente un fracaso al asistir a Anna en la tarea de integrar las terribles realidades de la guerra y de la muerte de su padre. Eran también poderosos mensajes para Anna en cuanto a qué percepciones y conocimiento no eran permisibles y tolerables dentro del sistema de desarrollo. La “incapacidad” de Anna de conocer acerca de la muerte de su padre y de su posterior negación de la misma pueden entenderse, en parte, como obediencia con el requerimiento de su madre de que ella no supiera, obediencia que llegó a estar estrechamente entretejida en el material del mundo perceptual de Anna, fijando los horizontes experienciales que tan tajantemente limitaban su autoestima y su sentido de sí misma en las relaciones con los hombres.

Una conceptualización más profunda del inconsciente de Anna puede conseguirse si nos centramos en su afectividad. Un cambio desde la pulsión instintiva hacia el afecto como principio de motivación central dentro del psicoanálisis es uno de los sellos de la teoría de la intersubjetividad. Este cambio es de gran importancia teórica ya que, a diferencia de las pulsiones, que se forman de manera muy profunda en el interior del inconsciente aislado freudiano, la afectividad es algo que se regula desde el nacimiento, o mal-regulado, dentro de un sistema intersubjetivo en marcha (Stolorow & Atwood, 1992). Por lo tanto, el cambio de las pulsiones al afecto conlleva una contextualización tanto de la motivación humana como del inconsciente².

Un estado de afecto destacado que impregnaba el mundo experiencial de Anna fue omitido del caso en el artículo publicado, a pesar de que aparecía con frecuencia en las notas del proceso clínico – esto es lo que Anna llamaba su “terror sin nombre”. Este estado de afecto, que llegó a ser comprendido como abrumadores sentimientos de soledad, vulnerabilidad e impotencia en un mundo peligroso y aniquilador, fue revivido con frecuencia en el análisis a medida que ella iba recordando e imaginando los horrores de los años de guerra y de la ocupación nazi y, especialmente, la encarcelación y muerte de su padre. Dados nuestros propósitos aquí, la característica más importante de estos estados traumatizados es que el terror “no tenía nombre”. ¿Cómo puede entenderse esto?

Claramente, las “omisiones y falsificaciones maternas” debatidas anteriormente no sólo reducían el conocimiento de Anna: tuvieron también un potente impacto abortando su desarrollo afectivo. Describía a su madre como ajena a su experiencia emocional en general. Seguramente una madre que necesitaba falsificar los horrores que acontecían alrededor de su familia a diario no podía proporcionar la articulación o sintonía validadora al miedo de su hija y a otros sentimientos dolorosos. Por lo tanto, hasta que se articularon en el análisis, las regiones más dolorosas y temidas de la afectividad de Anna siguieron estando simbolizadas de forma incompleta, “sin nombre”. Además, parece probable que ella experimentara las

falsificaciones de su madre como un indicativo de que sus sentimientos dolorosos no eran bien recibidos, un mandato para que no sintiera o nombrara su propio dolor afectivo, de mantener sus emociones más insoportables fuera de los horizontes de la experiencia simbolizada. Por lo tanto, otra fuente más – quizás la más importante – del sistema de negación que mantenía vivo a su padre era la conformidad y obediencia al requerimiento de su madre de que no sintiera o expresara su propia pena.

Reconsideremos un poco más allá las fantasías psicosexuales de Anna desde una perspectiva experiencial del mundo. El mundo de Anna quedó destrozado por la pérdida traumática que no pudo ser asimilada, no sólo porque se encontraba rodeada de un horror indecible, sino porque nadie dio cuenta de ello. Sus fantasías pueden ser entendidas como intentos desesperados de rearmar un mundo experiencial a partir de los fragmentos del desastre, en presencia de las mentiras de su madre. Necesitaba darle sentido a la flagrante disparidad entre su propia experiencia de la pérdida y la negación por parte de los otros. Este “darle sentido” requería continuos esfuerzos elaborados para rellenar las piezas faltantes de su vida traumáticamente destrozada. Sus fantasías ya no son vistas como derivados de las pulsiones instintivas inconscientes, sino más bien como una expresión creativa de la necesidad fundamental de organizar su experiencia. Dado un shock lo suficientemente traumático, el cual, tal y como hemos escrito, incluye los contextos de negación, indiferencia y no validación, tales fantasías pueden volverse rígidas y, como pasó con Anna, bastante incapacitantes. Aún así, no importa como de bizarras puedan parecer, pueden comprenderse como intentos de nombrar lo que no tiene nombre.

Por último, permítannos contextualizar los beneficios que Anna consiguió en su análisis al tener en cuenta otro elemento crucial que quedó fuera en el artículo publicado: la relación de transferencia del analista con su paciente, la cual él examinó en su propio análisis. El analista había querido mucho a su propia madre y, a lo largo de su infancia y de su adolescencia, ansió encontrar las formas de desbloquear la vitalidad emocional que él creía estaba encerrada tras la muralla de depresión crónica de ésta. Estos sentimientos fueron revividos intensamente en su relación con Anna, hacia quién sentía un profundo cariño. Una vez que se reveló la negación de Anna sobre la muerte de su padre, el analista pudo ver enseguida su pena contenida como la llave que podría desbloquear su vitalidad afectiva encadenada. Si él podía llegar a su pena, entonces él podría hacer por Anna lo que nunca había sido capaz de hacer por su madre. A diferencia de la madre de Anna, que no podía tolerar el dolor de su hija, el analista lo quería y deseaba, y esto, pensamos, fue un elemento terapéutico tremendamente potente que la ayudó a abandonar su sistema de negación y albergar una nueva visión de sí misma como mujer deseable, valiosa y digna de ser amada.

La ampliación de los horizontes experienciales de Anna que estaba teniendo lugar dentro de la relación terapéutica quedó concretizada en una dramática revisión de su historia vital que tuvo lugar durante el periodo en el que ella estaba dejando que su sistema de negación desapareciera y empezaba a hacer el duelo por su padre. Comenzó una sesión recordándole al analista el “mugriento carrito de muñecas amarillo” que su padre le había dado a ella y que había permanecido durante tanto tiempo como símbolo de la falta de amor de su padre

hacia ella. Entonces, ella dijo que había recordado algo que había “olvidado por completo”: en un principio su padre le había comprado un carrito de muñecas rosa “completamente nuevo y que era precioso”. En la sesión, ella recordó oír por casualidad a la familia discutiendo sobre si un triciclo podría ser un buen regalo para ella, pero su padre se negó, insistiendo en que una preciosa niña pequeña debía tener un carrito de muñecas. Se acordó después de que un día sacó su precioso carrito al patio y dejó que otra niña lo usara, y que después se marchó con él, y que nunca lo encontraron. Su padre le había comprado el carrito amarillo mugriento como repuesto del que ella había perdido³. Ella dijo que nunca entendió que el “olvidar” el primer carrito, símbolo del amor de su padre, abasteciera a las fantasías a través de las cuales ella le mantenía con vida al “explicar” porqué él fracasó en volver con ella, y pronto recordó otros muchos ejemplos del amor de su padre. La recuperación del precioso carrito de muñecas también simbolizaba el proceso que estaba teniendo lugar en su relación con su analista, en quien ella había encontrado tanto una madre que podía ayudarla a hacer el duelo como el padre amoroso perdido en su infancia. Al igual que el constreñir horizontes del mundo, expandir horizontes de consciencia también puede ser sólo comprendido en términos de contextos intersubjetivos dentro de los cuales ellos toman forma.

El analista de Anna creó junto con ella un lugar hospitalario para su terror sin nombre. El reconocimiento del analista de su necesidad de hacer el duelo le permitió a Anna llegar a conocer, poder nombrar y reorganizar el horror de una pérdida traumática temprana en la que había permanecido dolorosamente atrapada. Esta pérdida, fuera de los horizontes del mundo que su madre podía consentirle, requería un trabajo creativo de fantasía, pero estas fantasías se calcificaron porque continuaban aisladas del diálogo y del cuestionamiento. Que tal diálogo cuestione es indispensable si debe desarrollarse y expandirse un mundo psicológico.

Y es este diálogo “cuestionador”, no la excavación de una mente aislada inconsciente, el que constituye el trabajo por excelencia del psicoanálisis.

Como reacción a nuestra reconceptualización del análisis de Anna, algunos colegas han hecho esta pregunta: ¿Cómo habría alterado esta nueva comprensión la conducción del tratamiento de Anna? El cambio conceptual con las obvias implicaciones teóricas tiene que ver con la inhabilidad de Anna de dar cuenta de la muerte de su padre, que ahora vemos menos como un producto de sus limitadas capacidades cognitivas en el momento de la pérdida y más como una obediencia al requerimiento de la madre de Anna de el dolor siguiera sin nombrarse. Dejando a un lado las considerables dificultades involucradas al dictar un cambio en el curso del análisis conducido hace treinta años, nos parece que la diferencia al comprender el inconsciente de Anna podría haber alterado significativamente el acercamiento a sus “dificultades cargadas de rabia en la transferencia” durante el periodo en el que su analista la confrontó activamente con sus fantasías de negación y la animó a que aceptara la muerte de su padre. Con la ayuda de esta nueva comprensión, él quizás hubiera preguntado, repetidamente durante el periodo de estas dificultades si Anna temía que él fuera intolerante con su dolor emergente tal y como lo había sido su madre, y si ella estaba

respondiendo a algo de él mismo que se prestara a tal expectativa. ¿Estaba ella entonces experimentando sus confrontaciones y su fomento como invitaciones para generar un desastre en la relación terapéutica? La iluminación de esta convicción emocional organizando la experiencia de Anna en el intercambio analítico podría haber sido estrechado más en profundidad el vínculo terapéutico y expandido incluso más su capacidad de expresar el dolor, y más ampliamente, de experimentar, nombrar e integrar el afecto doloroso.

Para mayor reflexión, no obstante, la retrospectiva anterior debe ser mitigada por la comprensión de que en el momento del análisis, un cambio estaba comenzando a tener lugar en la perspectiva del analista. El joven analista de Anna ya estaba trabajando contextualmente con ella, a pesar de que su marco de referencia, aún en forma germinal, estaba aún sin formular, era prerreflexivo y no tenía nombre. Fue sólo años después, cuando el contexto comunitario de su pensamiento pudo permitir la ampliación de los horizontes de su mundo, que este aspecto preteórico de su estilo clínico en desarrollo pudo ser articulado y nombrado como una perspectiva de sistemas intersubjetivo sobre la patogénesis y el proceso terapéutico. Creemos que cualquier expansión de los horizontes teóricos del analista tendrá un impacto salubre en el resultado terapéutico, hasta el grado en que tal expansión aumenta la capacidad del analista de comprender rasgos del mundo experiencial del paciente hasta ese momento oscurecidos. Aún así, mientras que la diada analítica funcione como un sistema dinámico complejo no lineal (Stolorow, 1997), el impacto terapéutico específico del cambio en cualquiera de sus elementos (como por ejemplo la teoría del analista) no puede ser predicho con precisión. Cuando empezamos a desarrollar nuestras ideas sobre el papel del contexto intersubjetivo en el proceso analítico (Stolorow, Atwood & Ross, 1978), no podíamos haber predicho todas las ramificaciones de esta perspectiva ampliada para la práctica y efectividad terapéuticas – por ejemplo, en el tratamiento de estados psicóticos (Atwood, Stolorow & Orange, presentado). La actitud que traemos a nuestras teorías de acción terapéutica es por lo tanto una falibilista (Orange, Atwood & Stolorow, 1997), que las sostiene holgadamente más que de forma firme. Dentro de los horizontes cambiantes de nuestro mundo psicoanalítico actual, aún queda mucho por conocer.

REFERENCIAS

- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Atwood, G. E. & Stolorow, R. D. (1980). Psychoanalytic concepts and the representational world. *Psychoanal. Contemp. Thought*, 3:267-290.
- Atwood, G. E. & Stolorow, R. D. (1984). *Structures of Subjectivity: Explorations in Psychoanalytic Phenomenology*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Atwood, G. E. & Stolorow, R. D. (1993). *Faces in a Cloud: Intersubjectivity in Personality Theory*, 2nd ed. Northvale, NJ: Aronson.
- Atwood, G. E., Stolorow, R. D. & Orange, D. M. (submitted). Shattered worlds/psychotic states: A

post-Cartesian view of the experience of personal annihilation.

Cavell, M. (1993). *The Psychoanalytic Mind: From Freud to Philosophy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Freud, S. (1900). The interpretation of dreams. *Standard Edition*, 4, 5:xxiii-751.

Freud, S. (1915). The unconscious. *Standard Edition*. 14:159-204.

Freud, S. (1923). The ego and the id. *Standard Edition*, 19:3-66.

Freud, S. (1933). New introductory lectures on psycho-analysis. *Standard Edition*, 22:5-182.

Gadamer, H. -G. (1975). *Truth and Method*, 2nd ed., trans. J. Weinsheimer & D. Marshall. New York: Crossroads, 1991.

Gerson, S. (1995). *The analyst's subjectivity and the relational unconscious*. Presented at the spring meeting of the Division of Psychoanalysis, American Psychological Association, Santa Monica, California.

Orange, D. M., Atwood, G. E. & Stolorow, R. D. (1997). *Working Intersubjectively: Contextualism in Psychoanalytic Practice*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press. [v. castellana: Madrid, Ágora Relacional, 2012]

Stern, D. B. (1997). *Unformulated Experience: From Dissociation to Imagination in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

Stolorow, R. D. & Atwood, G. E. (1989). The unconscious and unconscious fantasy: An intersubjective-developmental perspective. *Psychoanal. Inq.*, 9:364-374.

Stolorow, R. D. & Atwood, G. E. (1992). *Contexts of Being: The Intersubjective Foundations of Psychological Life*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press. [V. castellana: Barcelona, Herder]

Stolorow, R. D. & Lachman, F. M. (1975). Early object loss and denial: Developmental considerations. *Psychoanal. Q.*, 44:596-611.

Stolorow, R. D. (1974). *A neurotic character structure built upon the denial of an early object loss*. Graduation paper, Psychoanalytic Institute of the Postgraduate Center for Mental Health, New York.

Stolorow, R. D. (1997). Dynamic, dyadic, intersubjective systems: An evolving paradigm for psychoanalysis. *Psychoanal. Psychol.*, 14:337-346.

Stolorow, R. D., Atwood, G. E. & Ross, J. M. (1978). The representational world in psychoanalytic therapy. *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 5:247-256.

Sullivan, H. S. (1953). *The Interpersonal Theory of Psychiatry*. New York: Norton.

Traducción recibida con fecha: 27-6-2012 Revisado: 13-8-2012 Aceptado para publicación: 06-9-2012

NOTAS

¹ Publicado originalmente en 2001 como: Stolorow, R. D., Orange, D. M. and Atwood, G. E. (2001). World Horizons: A Post-Cartesian Alternative to the Freudian Unconscious. *Contemporary Psychoanalysis* 37: 43-61. Traducción castellana de Sandra Toribio Caballero, incorporando materiales traducidos por Ramón Riera. Traducido y reproducido con permiso del autor y de los editores.

² Como Aron (1996) ha señalado, el centrarse en el afecto ha sido característico de mucha de la teoría psicoanalítica contemporánea. Las implicaciones contextualistas de tal foco fueron anticipadas por la discusión de Sullivan (1953) acerca de la contagiosa ansiedad que puede tener lugar entre madre y niño/a.

³ Se nos ha ocurrido que el recuerdo del precioso carrito de muñecas siendo robado y reemplazado por el amarillo y mugriento podría haber sido como un recuerdo de pantalla codificando metafóricamente el devastador impacto de las experiencias de Anna sobre la persecución anti-semita.